no, el toque del corneta de órdenes del General: alto el fuego.

El capitán Molina mandò á su vez tocar diana á un soldado que recogiò la corneta del que la llevaba y que había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las notas vibrantes de la diana resonando entre las últimas detonaciones, de la fatigosa ascención á la cima, hicieron lanzar gritos de entusiasmo á los soldados extenuados y jadeantes que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

Sobre lo alto de un gran pino ondeaba una bandera roja; la que se veía desde el campamento; era preciso quitarla, y algunos, agazapándose, corrieron hácia el punto: pero salió una detonación al nivel del suelo y el cañon de una carabina asomó de la tierra.

—¡Otro! ¡A él! ¡Mátenlo!—gritaron algunos soldados.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre él, oyéndose un grito de dolor; algunos se precipitaron calando la bayoneta; pero como partían gritos desgarradores de aquel lugar, el capitan Molina se adelantó gritando:

-¡Lh! ¡Coidado....está herido....déjenlo ya!

Y en aquel momento surgió de la tierra una enorme cabeza melenuda, asomó una carabina, sonó un tiro, y alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán...muerto.

Entonces los que aquello vieron, se quedaron inmóviles, sin saber que hacer, y derrepente todos á una se arrojaron sobre el hoyo, y allì, como quien caba la tierra, á bayonetazos, despedazaron un cadáver.

## XWHHH.

Miguel había presenciado aquello en el momento en que trataba de incorporarse el capitán para comunicarle que un soldado del 11º Batallón, llegaba con una órden del general.

Estupefacto, lo vió caer levantando los brazos, sin proferir un solo grito. No pudo moverse y contempló inmovil y estúpido, la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán....

Pronto todos supieron la noticia que heló de pavor los ánimos.

—¡El capitán Molina ha muerto! Ya mataron al capitán—se decian los soldados.

Al fin el joven oficial se acercó al cadaver y ante él, permaneció un momento.

Su pequeño cuerpo, envuelto en un capote azul, ceñida á la cintura una canana, yacía à lo largo, el rostro moreno contraido por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños, desmesuradamente abiertos lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz; del cuello le salía un chorro de sangre, que formaba un gran charco...la carabina estaba á un lado.

Aun no se desvanecía el humo de la pòlvora y aun se oían algunas detonaciones á lo lejos.

Castorena había llegado al grupo que contemplaba el cadáver; tomó el zarape de un soldado y cubrió el rostro

del infeliz Molina.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes que sobrevivía, ordeno que se reuniera la fuerza restante.

Su corneta de ordenes tocó reunión y los oficiales y sargentos principiaron á reunir la gente.

Había en aquel momento un gran desórden; los soldados en completa dispersión en el cerro y entre los pinos, descansaban en diversas actitudes; algunos cadáveres en horribles posturas yacian al lado de los heridos que se lamentaban tristemente.

—¡A formarse, á formarse!—gritaban los sargentos levantando á la tropa casi á culatazos.

Los desgraciados se levantaban penosamente y con lentitud unos, otros cojeando y apoyándose en sus fusiles se acercaban al punto de reunión.

Solo Mercado y Castorena quedaron; pero al fin dejaron el cadáver al cuidado de un soldado y uno al lado del otro, empezaron á subir hácia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo; derepente Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel gritândole:

—¡Míralo, míralo—y señaló á unos dos pasos, un montón rojo de miembros, harapos y cabellos, entre sangre y entrañas despedazadas.

Erizáronsele los cabellos á Miguel, y ante aquel cuadro y un olor nauseabundo que se hacía insoportable, mezclado con el de la pólvora, experimentó náuseas. Iba á volver el rostro; pero su amigo con el puño crispado, lo volvió á sacudir diciéndole:

—¡Pero, miralo, hombre, míralo, él lo mató!...lo mató cuando lo iban á salvar....¡canalla!....¡míralo!

Al fijarse de nuevo en él Miguel soltó la carabina abrió

la boca y completamente idiota, con el pensamiento subitamente cristalizado y el cerebro inactivo quedó un momento.

¡Habìa reconocido que aquellos miembros sangrientos, aquellos girones de hombre y de tela, eran los de Bernardo.

—Mi subteniente, que le habla á Vd. el capitán—le dijo un soldado. Miguel volvió á la realidad; su cerebro volvió á funcionar, y sin embargo anduvo maquinalmente, rumbo al punto de reunión, pensando y repitiendo como unico pensamiento: ¡Bernardo! ¡el ogro de la casa del río! ....allí muerto hecho pedazos!

Ante la tropa formada en dos filas, en la cima del cerro, estaban los oficiales y un sargento pasando lista.

Otro sargento á un costado, contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo....sobre una roca, extendido como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, jaquella bandera roja que había costado la vida del capitan!.... Era un guión del 9º, guión que llevaba un cabo que fué muerto el día 20.

Se nombraron secciones de tiradores que ocuparan la derecha del cerro, con el objeto de hostilizar la iglesia del pueblo que por ese lado quedaba al pié.

A Miguel le ordenaron que se situara con diez hombres extendidos tras un relieve del terreno, y allí sentado, quitándose el kepí por el gran calor que sentía, pues ya era poco menos del medio día, trató de poner en órden sus ideas.

Entonces ya pudo saber que habían tenido catorce muertos y once heridos por diez y seis muertos del enemigo. El jefe, el temido Pedro Chaparro, se había escapado con el resto de la guerrilla, y se había internado sin duda por la sierra; los que habían quedado en el campo eran los verdaderos hijos de Tomochic, que no huían jamás.

Desde allí se distinguía muy bien el pueblo á su derecha....contempló absorto y conmovido el vasto anfiiteatro de montañas; el valle extenso y cubierto de sembrados y milpas, atravesado por la cinta brillante y blanca del rìo; y en el centro el cacerío de Tomochic, casi al pié del cerro de la Cueva, la iglesia con su única torre y su arruinado convento de jesuitas....mientras á su frente como una fortaleza de titanes, el cerro de la Medrano erguía su mole enorme, cargando en su espalda colosal, el campamento y el cuartel general de las tropas federales.

De la torre del templo partían de cuando en cuando algunas balas que silvaban sobre las cabezas de los tiradores de Miguel.

El cerro por aquella parte estaba cortado casi á pico, por la que se veia un espantoso abismo, nadie se atrevía à asom arse, y todos tras la cresta de roca solo contemplaban vagamente las lejanías del horizonte, limitado por los cerros del Noroeste.

El oficial se abandonó recostado contra una peña, à sus pensamientos siempre melancólicos.

¡Conque aquel miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado á su cubil á la pobrecita Julia, era el asesino del capitan Molina!

¡Ah!...¡y ella?....la virgencita de ojos negros y melancòlicos, la que lo había mirado en un instante de ternura y éxtasis con suprema pasión, la que le había abierto toda la noche de una historia dolorosa de eterno sufrimiento, en el breve relámpago de su mirada....¡què sería de ella?....¿Estaria allá abajo, esperando tranquila y resignada como siempre, el desenlace del drama de su vida?

Ah! tristezas ignoradas, de la vida; martirios estériles soportados en la sombra; dolores desconocidos, de almas nobles; calvarios sin gloria; infortunios inéditos de gladiadores anónimos!...Oh Dios, si tu no conoces y premias esto, si la plegaria muda de tanto sufrimiento no te conmueve...; quiénes serán entonces los bienaventurados?

Pugnaba por aparecer una lágrima en los ojos secos y febriles del joven....en aquel momento pasó algo grave.

Un cabo y un soldado, sentados junto â un pino, cerca del parapeto natural, tras el que estaban colocados, habian encendido leña para asar unos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó espesa columna de humo. En el momento en que el cabo en pié, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba á incorporar para traer la carne, una bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el cráneo del segundo...un solo grito se oyó y los dos rodaron, cadáveres, por entre los guijarros de la pendiente.

Los nacionales de Chihuahua y la fracción del 25º llegaron con el objeto de ayudar á llevar los heridos y á ocupar la posición.

Encontraron entre los cadáveres ya en putrefacción sobre el cerro de "Lino" un hombre aún vivo abandonado sobre el campo el dia 20. Tenía tres heridas: una en una pierna, otra en un brazo y un gran rozón en el pecho. Aletargado y casi expirante, su primer palabra fué:

—¡Agua!—y como no había no se la dieron, cayendo otra vez en su letargo.

A la una, la compañía que había tomado la posición la abandonó llevando á retaguardia una fagina conduciendo sobre improvisadas camillas todos los heridos; pero no siguieron el mismo camino del que habían tomado en el ataque, sino que para evitar los fuegos de la torre dieron un gran rodeo, siguiendo por las faldas de los cerros que formaban la gran circunferencia del valle.

Llegaron fatigadísimos al campamento á las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningun alimento.

Recibieron los oficiales mil felicitaciones de sus compañeros por el triunfo obtenido á gran costa. Miguel supo que el general en la cima del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaban en pleno llano al paso veloz, batidas por dos fuegos convergentes, y con su heróico capitán à la cabeza, supo, que entusiasmado había arrojado su gorra diciendo á los que le acompañaban:

-¡Bravo!...;bien por el noveno! ¡Se vindica! ¡borra lo del día veinte!

En efecto, cuando llegó la camilla que conducía el cadáver del héroe de la jornada, ordenò que se levantase el zarape que lo cubría, y cuando vió el cuerpo ya rigido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello que le había atravesado la bala, rompiéndole la columna vertebral; ah! entonces Rangel se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que lo cubriesen.

~¡Tápenlo, tápenlo!....¡Llévenlo y nómbresele una guardia de honor!—exclamò.

Un sargento 2º solicitò espontáneamente ser nombrado y al pié de su cuerpo un centinela de su compañía lo cuidó.

Tomado el cerro de la Cueva, la situación del enemigo era desesperada, no quedaban más que la iglesia y la casa de Cruz ocupadas, y como en esas dos partes se hallaban las mujeres, la mayor parte indudablemente huèrfanas ó viudas, debían infundir gran desaliento y desmoralización.

Por otra parte el saqueo é incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas á los reductos del enemigo.

Veíanse en el día, levantarse del llano largas nubes negras, formando lentamente espirales que se desvanecían en un gris sucio en el cielo azul; el cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con estruendo el silencio solemne del pueblecillo que parecía desierto. La guardia de tiradores de lo mas alto del cerro intentaba cazar á los que se atreviesen á salir de la iglesia ó de la casa de Cruz Chàvez.

A las cinco de la tarde, el corneta de ordenes del cuartel general tocaba llamada de honor; el Mayor Bligh jefe del Estado Mayor, leía la orden, nombraba á los oficiales, el servicio de rondines para la noche, relevándose como se acostumbra en campaña, las guardias, á las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era mas visible; las llamas tenian el cielo negro, de fulgores sangrientos que á veces se avivaban, á veces se extinguían para surgir de nuevo, mas vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte, como manchas de sangre luminosa.

En el pueblo, los monòtonos ladridos de los perros y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos ruidos que alteraban el silencio.

Al amanecer del dia 26, el 9º acompaño al cadáver de

su capitán á su entierro que debía verificarse en el cementerio del pueblo, el que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos. Dicho cementerio estaba cercado con tapias bajas, de piedras amontonadas, era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción alguna, pues á los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente la camilla con el cadàver, los oficiales, un sargento 2º y seis soldados.

Se depositó el cuerpo en tierra, la que se procedió á cavar con unas barretas que allì mismo se encontraron, A la escasa profundidad de media vara, se dió por terminada la fosa.

Después el sargento cargó su fusil haciendo fuego al aire, por tres veces, y luego el cadáver envuelto en su capote y cubierto con el zarape, se depositó en el fondo, se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras. Terminada de aquel modo la ceremonia fúnebre, por el flanco isquierdo doblando, volvió á su campamento la compañía.

Los oficiales iban al costado de la columna, silenciosos y tiritando de frío; el sol aun no aparecía.

Triste iba Mercado; marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos barbechados.

—¡Pobre capitán Molina,—pensaba,—èl tan digno, tan estudioso, èl que soñaba con las grandes campañas; tan amante de su patria; morir asì, obscuramente, sin gloria, en el fondo de la sierra!

¡Derramar con heroismo la sangre por la pàtria....sucumbir por los ideales tan caros....inmolarse por la libertad y el honor....eso inmortaliza, eso trueca la muerte material en imperecedera vida! Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan desconocida, en guerra tan desigual! El era joven, recién casado...en Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo...iba á ascender, y...morir en aquella penumbra y de aquella manera, bajo el arma de un obcecado!...; Pobre capitán Molina!

Lo habia visto descender á la fosa, tan poco profunda, en un cementerio situado al pié de la sierra!....Cuando destruyeran por completo el pueblecillo, porque eso era indudable, las fieras del desierto irían á saciar su apetito en los restos del héroe!

¡Pobre capitán!.....

Eran las siete, y tras el cerro de Lino, al Oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosion de luz dorada que incendió la cima de los cerros, aclaró el lila del cielo, barrió girones de neblina é hizo centellear el acero de las bayonetas.

Los soldados volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano á manera de pantalla, para contemplar el astro agigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacia proyectar larguísimas sombras.

Algunos se pusieron á cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor...el sol ascendía.
¡Pobre capitán!

LAME